

fuertemente endeudado por las guerras y muy dado a supersticiones, no faltan los comentarios sabrosos. Las segundas, que tienen por corresponsales a sus compatriotas Tomicki o K. Szydlowiecki, o a los humanistas Goclenius, Hesusus y Alfonso de Valdés, son apasionantes y nos dicen de su gran interés por el humanismo y la cuestión religiosa. En ellas encontramos referencias a su visita a Lutero —del que tendrá que renegar tras verse encausado por la Inquisición española—, a su conocimiento de Melanchton, o a su gran interés por Erasmo, que le escribió una carta-dedicatoria con motivo de la traducción del tratado de San Basilio *Opus de Spiritu Sancto* (Friburgo, 30 de abril de 1532). Por lo demás, aunque Dantisco se queja a menudo de una embajada que dura demasiado tiempo y del «vuelva usted mañana» de la burocracia imperial, no se puede olvidar que su período español fue el más rico de su vida, ya que tuvo la oportunidad de vivir en persona acontecimientos tan importantes como el Congreso de Valladolid de 1528, que marca el apogeo del erasmismo en España. Dantisco llega a hablar de una España al borde de la reforma, y aduce para ello la gran cantidad de moros y judíos conversos que la pueblan, así como la gran popularidad de las obras de Erasmo que, como observa, se leen hasta en las posadas. Su amistad con Alfonso de Valdés, secretario de Carlos V y cabeza de los erasmistas españoles

(según lo ha estudiado Bataillon en la obra citada) es sintomática al respecto. También fue testigo privilegiado de los acontecimientos derivados del Saco de Roma y la polémica con el Papado a través de su Nuncio, Baltasar de Castiglione, del desarrollo de las guerras franco-españolas en suelo itálico, de las luchas con los turcos en tierras húngaras, etc. Finalmente, Dantisco será relevado de su puesto en 1532 y sustituido por Cornelio Schepper, con el que mantuvo una interesante correspondencia, ya desde Polonia.

El libro se completa con unos índices de cartas, de personas y de lugares que se citan en las mismas. En cuanto a la transcripción, destaca por ser a la vez rigurosa y amena, mérito que se debe a la labor de Isabel Velázquez.

Las relaciones entre Polonia y España no han sido nunca demasiado frecuentes o relevantes. Por eso, el episodio de Dantisco del que da cuenta este libro, como el de Piotr Dunin Wolski, apoderado polaco en la corte de Felipe II y famoso bibliófilo compilador de la Biblioteca Volsciana que se conserva en la Jaguelónica de Cracovia, son episodios suficientemente relevantes como para que merezcan ser rescatados del olvido a través de la edición crítica de las fuentes originales. Por eso, y por los méritos de esta «carta de presentación» de la edición completa de las relaciones de Dantisco y España, nos encontramos ante un libro importante. Sería deseable que fueran tomando cuerpo otras inicia-

tivas similares, que ayudaran a conocer mejor las relaciones hispano-polacas a través de la historia³. Por ejemplo, la edición de la correspondencia (1896-1913) entre Francisco Giner de los Ríos y el filósofo Wincenty Lutoslawski.

Emilio Quintana Pareja

Crónica de una fascinación*

Desde mayo del 68, un destacado grupo de jóvenes progresistas se reunía los fines de semana en el jardín abandonado de una casa derruida, *Villa Valeria*, situada en un pueblecito de la sierra madrileña. Eran profesionales universitarios, ejecutivos de las primeras multinacionales, artistas e intelectuales que acudían con sus familias para pasar juntos su tiempo libre y, en torno a una paella u otra comida típica de excursión, charlaban, seguían de cerca los últimos pasos de la dictadura franquista y conspiraban.

Manuel Vicent toma este punto de partida para contar en primera persona una historia que abarca, desde su llegada a Madrid a prin-

cipios de los años sesenta hasta la subida de los socialistas al poder en los comienzos de la década de los ochenta. Es la historia viva de veinte años de existencia que el narrador describe con el peculiar lirismo y la fina ironía que le caracterizan. El resultado es una fascinante crónica de años de juventud dichosa, de cambios sociales, de ilusiones perdidas y de frustración política.

Mientras *Villa Valeria* es una mansión derruida y su jardín un terreno abandonado, ellos forman un grupo sólido y compacto, lleno de ilusiones y proyectos dirigidos a mejorar un entorno que consideraban injusto y podrido. Pero a medida que la casa iba siendo reconstruida, el grupo se iba disgregando gradualmente, al mismo ritmo que pasaban, uno a uno, en imparable goteo, a ocupar puestos claves de responsabilidad en el campo de la política y de la cultura. Al final del relato, en la nueva y restaurada *Villa Valeria*, aquellos jóvenes idealistas ya sólo se reúnen una vez al año, el día de Nochevieja, para brindar con champán francés y cantar *La Internacional* —Arriba parias de la tierra, en pie famélica legión...—, con el puño en alto, en torno a una mesa repleta de caviar auténtico, angulas, cigalas, percebes y corde-

³ En este terreno destaca el libro de Gabriela Makowiecka, *Po Drogach Polsko-Hiszpanskich, Kraków, Wydawnictwo Literackie, 1984.*

* Jardín de Villa Valeria. Manuel Vicent. *Alfaguara, Madrid, 271 páginas*

ro lechal recién asado en horno de leña.

Pero hasta llegar a este contradictorio, triste y desengañado final, Vicent nos va contando, con chispa y gancho, los pequeños y grandes descubrimientos que va haciendo a lo largo de esos veinte años de recorrido vital.

Todos los asiduos al jardín de *Villa Valeria* eran jóvenes, alegres, guapos y represaliados. Había una gran solidaridad entre ellos y todos tenían un enemigo común. En torno a la casa derruida aquellos que eran hijos de vencedores se sentían hermanos de los que venían de familias aplastadas por la represión, y aunque su educación había sido distinta, todos confluían en su amor a la libertad, en el odio al franquismo, en la lucha por la democracia y la reconciliación nacional. Cuando Vicent conectó con ellos por primera vez, era un principiante de literato y tenía la cabeza llena de dioses griegos que —como él mismo cuenta— «combinaba con un materialismo dialéctico de manual, con la sombra de la higuera del evangelio y con un hedonismo mediterráneo basado sobre todo en la inocencia o impunidad del sol que yo creía que era lo último en estética».

Después de frecuentar aquel grupo durante algún tiempo cayeron en sus manos dos libros para él fundamentales: *El laberinto español*, de Gerald Brenan y *La Guerra Civil Española*, de Hugh Thomas, publicados en Ruedo Ibérico. Hasta ese momento había

leído a Sartre, a Camus, a Bernanos, a Faulkner, a Gide, pero era la primera vez que se le revelaba el problema fratricida de España. «Resulta que me habían engañado —escribe—. Me habían explicado mal la historia de este país, los avatares de la República, las causas reales de la guerra, las pasiones políticas, los crímenes de cada bando. Estaba descubriendo un nuevo mundo.»

A partir de entonces se convirtió en un explorador de trastiendas de librerías y pronto llegaron a sus manos los tres tomos de la *Historia de España*, de Ramos Oliveira y otros libros de exiliados, Arquistain, Hidalgo de Cisneros, Madariaga. «Sentía que me habían estafado» —comenta.

En aquel tiempo Vicent fue conociendo a todos los grupos que formaban la oposición: comunistas, socialistas, democristianos. Los comunistas ejercían entonces el reinado absoluto en la alcantariella y parecían los más inteligentes y los más audaces. «El rumor de las torturas —dice el narrador— les envolvía en un aura de romanticismo y tanto un fresador de la Pegaso como el intelectual más desaliñado tenían la frente unguida con la gracia del barro que provenía del Volga.»

De los socialistas cuenta que ya tenían novias extranjeras que habían venido a España a dar clases de idiomas, y también que ya tomaban aperitivos con quisquillas hablando del producto nacional bruto o de los festivales de cine o de las ex-

cursiones con tienda de campaña. En cuanto a los democristianos, los define como los más blanditos y que solían conspirar en alguna residencia eclesiástica de El Escorial o en el hotel de La Berzosa, adonde acudían disfrazados de agüístas o de alumnos de un seminario de Derecho Comparado. «Aquellos demócratas de La Berzosa llevaban en el bolsillo un pañuelo de batista perfumado de jara y jurisprudencia —apunta Vicent—, y sentían una repugnancia civilizada hacia lo más grosero de la dictadura.» Finalmente, el autor añade que había obreros místicos que deseaban alcanzar la perfección dentro del comunismo sin abandonar la fresadora. También transitaban por la clandestinidad unos socialistas que basculaban entre Cristo y Pablo Iglesias. Otros jóvenes habían pasado directamente del Corazón de Jesús al de Mao Tse-Tung.

Los «progres» de la década de los sesenta, se casaron casi todos a lo largo de esa década; unos en ermitas y vestidos de pana dulce, otros en colegiatas raras con novias adornadas con trajes que tenían bordados búlgaros o peruanos. En el seiscientos fueron de viaje de novios a Grecia o a Francia. Ellas ya siguieron las reglas del parto sin dolor, y antes cubrieron su primer embarazo con un poncho peruano o con un jersey también latinoamericano de grano gordo. Cuando nacieron los niños los llevaron a un colegio progre de profesores barbudos y con trenka. «Los educamos para que crecieran sin traumas —comenta

Vicent— y los reyes les traían juguetes didácticos y nunca pistolas, los llevamos a la ruta del románico, nos bañamos desnudos con ellos en el mar o bajo la ducha.»

Así fueron pasando los años de la clandestinidad hasta que murió Franco. Después llegó la transición y, a continuación, el imparable ascenso de los socialistas. Los jóvenes del abandonado jardín de *Villa Valeria* comenzaron a subir como la espuma; cambiaron de coche, de casa y pasaron a ocupar altos cargos. También la vieja mansión fue restaurada y el nuevo propietario de *Villa Valeria*, uno de los fundadores de aquel antiguo grupo, decidió mantener aquellas viejas reuniones una vez al año, el día de Nochevieja. «Cada Nochevieja —cuenta Vicent— cantábamos La Internacional. En medio de este rito yo solía mirarme a un espejo». Y aquel espejo era un tribunal que le juzgaba en el límite del tiempo.

Aquellos jóvenes rebeldes que querían cambiar el mundo habían ido aceptando ciertas reglas del juego, se habían acostumbrado a digerir algunas injusticias y ese pragmatismo era el causante de las leves bolsas que comenzaban a aparecer bajo los ojos. La primera deserción coincidió con un poco de papada. Cualquier caída moral dejaba una lesión en la piel. El narrador nos recuerda cómo al iniciarse la década de los ochenta algunos comensales de la Nochevieja de *Villa Valeria* mostraron ya las primeras canas que significaban una suave deriva intelectual hacia